

Año 1

SUPLEMENTO

Número 2

gratuito de

La Voz de la Mujer

NUESTRO FEMINISMO HISTORICO

Mujeres de la Raza

Isabel la Católica



La Excm. Sra. D.^a Mercedes Sainz de Vicuña de Caimi Garmendia iniciadora de la beatificación de Isabel la Católica y de la reconstrucción del Castillo de la Mota de Medina del Campo

MADRID, Sábado, 7 de junio de 1930

HACIENDO HISTORIA

Resultados de un artículo

Por la beatificación de Isabel la Católica y la reconstrucción del Castillo de la Mota de Medina del Campo

El artículo de Miguel de Zárraga que reproducimos, de A B C, en nuestro SUPLEMENTO n.º 1, titulado «Unas Ruinas y un Altar», extendió por todas partes la iniciativa de la señora Saíñz de Vicuña sobre la beatificación de Isabel la Católica y la reconstrucción del Castillo de la Mota de Medina del Campo.

Las primeras adhesiones que recibió la iniciadora fueron las de un oficial de Correos de Madrid, con el envío de cinco pesetas, las primeras recibidas. Luego, las de el Director de «El Popular de Larache» y dos sefarditas que enviaron su adhesión con 25 pesetas cada uno, desde la citada población: estos tres donantes son cruzados Isabelinos.

Siguieron a éstos la suscripción de León: 651'50 pesetas, de la que dimos cuenta detallada en LA VOZ DE LA MUJER, y de la que fué iniciador el culto escritor leonés don Pablo Morillo, al que secundaron en su organización los señores siguientes: Don Andrés Garrido Sánchez, don Enrique de Ureña Barthe y don Miguel Canseco, cooperando a la suscripción los que constan en la lista que insertamos en otro lugar de este SUPLEMENTO.

Se unieron después las Damas que componen la «Unión General Hispano-Americana», enviando su Junta Directiva, de los fondos de su Caja, 500 pesetas, con una linda adhesión por escrito que firmaban varias señoras, cuyos nombres consignamos entonces.

Hasta aquí, todo lo hizo el artículo de Zárraga. A partir de esta fecha quedó constituida la Junta organizadora que unida a la señora Saíñz de Vicuña, redactaron el programa, en forma de Manifiesto, para hacerlo circular por todas partes, el cual reproduciremos en este Suplemento.

Ya la propaganda, aunque lenta, fué aumentando y de Barcelona recibimos otra remesa de fondos por valor de 2.632 pesetas, cuyos donantes consignamos en este número, así como todas las que se han recibido hasta la fecha, entregadas directamente a la Presidenta.—C. R.

En el marco de la Exposición Iberoamericana

Circunstancias especiales, no realizadas hasta entonces y que rara vez se repiten en la Historia, habían hecho de Sevilla, centro activísimo de la contratación y del arte y de las letras.

Declinaba el siglo XVI; cuentos fantásticos, sueños de imaginación alocada, semejan las relaciones que, es críticos de aquel tiempo hacen de las riquezas que entraban en la Capital de Andalucía.

Alonso Morgado y Francisco Ariño, en sus respectivas *Historia y Sucesos de Sevilla*, recuerdan con admiración, «las carretas de a cuatro bueyes que en tiempo de la flota acarrean la suma de riqueza de oro y plata en barras desde el Guadalquivir hasta la Real Casa de Contratación de Indias» y que, «en seis días no cesaron de pasar por la puente de Triana; plata y oro que no cabía en las salas porque fuera en el patio hubo, muchas barras y cajones.»

Al olor de esta opulencia acudían a Sevilla gentes de toda la a, de España y del Extranjero, flamencos, alemanes, franceses, genoveses, napolitanos, cada cual en busca de su avío, unos honesta y honradamente y otros por las artes del garbeo, que, para todos había en la inmensa metrópoli andaluza.

«Hallábase en Sevilla, dice Mateo Alemán, un olor de ciudad, un otro no sé qué; otras grandezas que en la corte... porque había gran suma de riquezas y muy en menos estimadas; corría la plata en el trato de la gente, como el cobre por otras partes, y la disipaban francamente.»

Parejas al movimiento comercial, discurrían las artes y las letras. Unas y otras hallábanse al principio de aquel período gloriosísimo, en que ostentaban la pujanza y brío de su ingenio, Herrera, Medina, Vargas, Maihara, Pedro Mejía, Pacheco, Murillo, Velázquez, Martínez Montañés...

Y conjunto a tanto esplendor, iba el florecimiento religioso, en innumerables fundaciones piadosas, en la magnificencia del culto y en el sin número de varones insignes que, por sus abnegaciones, talento y santidad, eran el honor de la Iglesia y esplendor de España.

¡Singular, histórico momento! todo él le llena un solo nombre como en emulación a porfía se repite en los bios de gonfaloneros, conquistadores, misioneros y gente de aventura: ISABEL LA CATOLICA, la santa indiscutida e indiscutible reina, causa ocasional, eficiente y única de aquel extraño auge, desenvolvimiento y emporio de la andaluza metrópoli.

Las undosas aguas del divino Betis, han arrastrado por entre sus ondas, civilizaciones y barbaries, al compás de los tiempos.

Han transcurrido más de tres siglos. Cesó el chirriar de las carretas de cuatro bueyes, que traían la plata y el oro que despertaban la codicia de los de España y del extranjero; por su típica calle de las Sierpes—con tanto encomio como oportunidad citada por Cervantes en su obra genial—, no pululan en Sevilla exploradores, navegantes, misioneros, fundadores de reinos, ni aventureros; ha depurado la moderna crítica histórica, dejando a ras de tierra el fantasma de la «leyenda negra». Toda la luz que, como en noche cerrada, atesoraba el Archivo de Indias, ha iluminado como el claro día. Las artes, al con-

juro del genio, se recogieron el brial de sultana en que se arropa la Giralda, y los inmensos ornamentados tableros de su Catedral; han hecho consorcio, con el plateresco de su Ayuntamiento, el románico bizantino de sus repetidos suntuosos monumentos, con su azulejería, sus mosaicos y alcatados, con sus fuentes, con sus flores y con su luz... y prepotentes, avasalladoras, en su Parque de María Luisa, sin rival, único, han surgido las plazas de España y América cifra y quintaesencia de lo que inteligencias superiores legraban dando paso a un nuevo arte que, no obstante haber sido inscrito prematuramente en los registros de la eternidad, su creador, el inmortal arquitecto don Aníbal González, tiene ya logrado su nombre: SEVILLANO

Y en torno a la genial concepción, las regiones españolas han rivalizado levantando suntuosos palacios, joyeles de su glorioso pasado y pujante desenvolvimiento; y las Repúblicas Americanas, como en emulación y a porfía, vinieron reconocidas a dejar un beso en la frente de la Madre España, volcando allí su *virginal fecundidad*: el oro y la plata de las antiguas carretadas, pero transformados, por su avanzadísima industria, por su esplendoroso comercio, por sus artistas, literatos y sabios, que ya se creían más que obligados, a rendir homenaje a la *Reina y Señora*, que les entregó un día su lengua, su religión, su todo.

¡Esplendoroso concierto! ¡Colosal ciertamente el de su Exposición Ibero-Americana!

A todo pulmón y llena de satisfacciones y júbilo sin cuento, bien puede la ciudad del olivífero Betis gritar ante el mundo entero:

¡¡Sevilla, tierna madre, aún eres la de ayer!!

* *

Hemos estado unos días en Sevilla; paseado, con vanidad, por los amplios anejos del Parque de María Luisa, y aprendido no poco en su incomparable, colosal Exposición; inundado de luz en sus radiosidades; evocando momentos de grandeza en su pleonismo de Catedral, de local sabor en su calle de las Sierpes y en su inconfundible barrio de Triana; de su tipismo, de su *locura*, si es que de locura puede calificarse su patriótico y religioso fervor, pues sobre todo nos ha envuelto un como santo placer y bien disculpado orgullo; allí perdura el nombre de la mujer más extrañamente simpática y soberanamente avasalladora que—aparte la Madre de Dios—ha hollado con sus plantas la tierra, y fué siempre objeto de mis estudios y fervidos amores: ISABEL LA CATOLICA

¡Cuántas veces ha sonado su bendito nombre en nuestro oído! Cuadros, estatuas, retablos, camafleos, relicarios, bronce, mármoles y cerámica reproducen en número incontable su bella imagen y los momentos más culminantes de su glorioso reinado.

¿Por qué no aprovechar este singular, preciso y también histórico momento, para decir a la Iglesia que se abra el proceso de la beatificación de tan santa mujer?

Está en la mente de todos, y muy principalmente de las damas españolas y americanas, en más de una ocasión ya exteriorizado.

Desciende pues, el pensamiento a las manos y al patio que a la suprema autoridad de la Iglesia, elevemos nuestra oración a Dios, para que tengamos el consuelo de conocerla en los altares,

Mariano Guerras

Sevilla—Julio 1929

Donativos recibidos para la beatificación de Isabel la Católica y la reconstrucción del Castillo de la Mota de Medina del Campo

Nombres de los donantes de la suscripción de León y cantidades que aportaron.

Señor Obispo de León, 100 pesetas; señor Gobernador Civil, 75; señor Presidente de la Diputación, 50; don Andrés Garrido, 25; don Enrique Ureña, 10; doña Guadalupe Juan, 15; doña Mercedes Montrov, 10; señorita Aurita Fines Martín, 5; señorita Guadalupe Carreño, 1; don Miguel Casado Alvarez, 1; don Mauro Casado Alvarez, 2; don Carlos Colina, 2; don Santiago Santos, 1; Un admirador de la Reina, 1; don Juan Morán, 2; don Mariano Ovejero, 1; don Pedro Aller, 3; don Luis Iglesias, 2; don Corone, jefes y oficiales del Regimiento de Burgos N.º—36, 100; don Octavio A. Carballo, 50; don Francisco Roa de la Vega, 25; don Miguel Canseco, 25; don Camilo de Blas, 25; don Felipe García, 10; don Juan A. Miranda, 10; don Federico Muñoz, 5; don Lino Santos, 5; don Manuel Alvarez, 2; don Tomás Gutierrez, 0'50 centimos; Excmo señor don Juan Moscoso, 25 pesetas; don Mariano F. Valvueda y Gironda, 25; don Ricardo de agua Tejo, 10; don Jesús Botas Campo, 10; Dos admiradores de la reina, 10; don Si vano Pérez de Vega de Siebanc, 2'50; don Bernabé Gómez, 2'50; don Inocencio Alvarez de Mansilla, 2; don Agustín Revuella, 1.— Total, 651,50

Suscripción de Barcelona

Señor Capitán General, 100 pesetas; señor Gobernador Civil, 100; señor Alcalde de Barcelona, 25; señor Conde de Figols, 100; don Manuel García Blanco, 100; señor Gobernador de Tarragona, 25; señor Cónsul del Ecuador, 25; señor Cónsul de la República Argentina, 25; señor Cónsul de Colombia, 25; señor Cónsul de Venezuela, 25; Excelentísimo señor don Fernando Alvarez de la Campa, Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, 25; don Carlos Sanllehy, marqués de Caldas de Montbuy, Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, 25; Instituto de Economía americana, 50; don Pedro Sáenz Díez, 50; doña Concepción Puig, viuda de Vilella, 50; doña Isabel García, viuda de Sáenz Díez, 10; don Melquiades Calzado, 25; don Cayetano Vilella, 25; doña Teresa Vilella de Gasull, 25; señor barón de Vilagayá, 25; don Santiago de la Riva, 25; don Carlos Vidal, 25; don Alejandro Rey Stolle, 25; don Frank Marshall, 25; doña Elisa Vázquez, viuda de Sedó, 25; don Fernando Alsina, alcalde de Santiago de Compostela, 25; doña Carmen Cadarso, viuda de Cadarso, 25; don Manuel Luengo, 10; don Juan Sáenz Díez, 10; doña Carmen Sáenz Díez, 10; doña Amalia Sagnier de Vilanova, 5; don Juan Vilanova, alcalde de Reus, 5; don Jorge Bordas, 5; don Enrique Janer, 5; doña María Pilar de Dalmases, 5; doña Josefina Hobrabella de Millet, 5; doña Soledad de Durán, 5; doña María Luisa de López Barcanallá, 5; doña Natalia Cadarsa, 5; don José María de Sentmenat, 5; don Nicanor Ancochea, 5; doña Concepción Egozcue, 5; doña María de la Llave de Egozcue, 5; don Luis Capara, 5; doña Paz Correa, 5; Doctor don Manuel Menacho, 5; doña Pilar de Menacho y Peirón, 5; don Manuel Menacho y Peirón, 5; don Ramón París Masanés, 15; don Celestino París Maynés, 10; doña Analgias, viuda de Oliveras, 15; doña María del Pilar Fort, vi-

da de Fuster, 5; don Ramón Fort, 5; don Francisco Fort 5; don José Roses, 10; Don José Bohigas Canadell, 10; don Eduardo Pérez Agudo, 10; don Francisco Vázquez de Acosta, 5; doña María del Pilar Vázquez de Acosta, 2; doña Josefina Vázquez de Acosta, 2; señorita Carmen Vázquez de Acosta, 2; don José Vázquez de Acosta, 2; don Carlos Vázquez de Acosta, 2; Doña N. N. 2; don Vicente Arias de la Maza, 2 50; Doña Carmela D. de Rábago de Arias de la Maza, 2,50; Doña Concepción Arias de la Maza y Rábago, 1; doña Concepción Fort de la Calzada, 2; Excelentísimo señor barón de la Poda, 5; don Enrique de Dalmases, 15; don Jesús de Dalmases, 10; Leopoldo Jaúdenes Cardoso, 5; don Laureano de Acosta, 5; don Manuel de Semillosa, 5; doña Dolores Evtica Peyra, 5; doña Dolores Sentmenat de Fontcuberta, 5; doña Eugenia de Satrústegui, 5; doña Elisa del Castillo, 5; don Francisco Rosés Riva, 2; don Antonio Vives Comallonga, 2; Excm.ª señora baronesa de Bonet, 5; doña Rosa Armet de Carrión, 5; doña Concepción B. de Otalosa, 5; don José Pou Xancó, 5; don Juan Tarrida Castasús, 5; don Juan Ferriches Tarrida, 5; doña Mercedes Sentmenat de Fontcuberta, 5; señorita Jacoba Rey Stolle, 5; Doña María del Pilar Rey Stolle, 5; señorita Rosa María de Dalmases y Bertrán, 2; don José Udina Ortilles, 5; decena escolar infantil de la Casa Provincial de Caridad, 1; doña Josefa Fradera de Masden, 5; don Tomás de Rivera, 5; doña Ana Arnal de Llopart, 10; doña Maruja Vázquez de Llopart, 5; doña Anita Ordeig de Tuset, 5; don Lorenzo Villalón (de Madrid), 25; doña Isabel García de Villalón (de Madrid), 25; Excelentísima señora marquesa de Castelflorite, 25; Excelentísimo señor alcalde de Tarragona, 5; señor Fivestreechaven Ansorena, 1.000; Conde de Castelnovo, 100; señor Losada, ministro plenipotenciario, 50; segunda decena escolar infantil de la Casa provincial de Madrid, 1.

Suma Total, 3 199 pesetas

Isabel la Católica es la primera figura de la Historia

Llegan los tiempos apocalípticos, estoge Dios una mujer, y de su purísimo seno nace el Redentor del mundo.

Llegados los nuevos tiempos, necesitando la Humanidad mayores espacios sobre la tierra, escoje Dios otra mujer para describir las continentes perdidos de la Creación.

Así, María Madre de Dios, es la única mujer divinamente humana. Así, Isabel, inspirada por el Cielo, para aceptar como suya la empresa de Colón realizando la obra más trascendental y grandiosa de los siglos, es la primera Reina humanamente divina.

En dos palabras es expresa toda su gloria, que se eleva mil codos sobre la de las mayores genios de la tierra. Termina una guerra de ocho siglos, dando unidad a España.

Manda a Colón a completar el mundo, cuando los sabios de todas partes le declaran loco y falsario; cuando hallándose en los trances más angustiosos de su vida, tiene que ofrecer sus últimos recursos, para realizar aquella empresa.

Sabios, héroes, conquistadores, que os coronaron por las obras más admirables, rendid vuestras coronas ante la majestad augusta de esta excelsa Princesa.

Cantores y poetas, después de Dios, no hallaréis trono de mayor gloria para ofrecer himnos y poemas

Pasan los siglos, y cuanto más tiempo pase, más grandiosas se mostrarán ante los humanos las empresas de Isabel.

Reunid todas las conquistas de los mayores guerreros, los cantos de los poetas, las inspiraciones de los santos, invenciones de los sabios, y contemplad aquel nuevo mundo, que sólo en cuatrocientos años vale ya más que el viejo continente, y reconoceréis que ésta empresa de Isabel y de Colón solamente, puede compararse con la redención de Jesucristo.

Estudiemos las principales circunstancias que concurren en la vida de la Princesa, y veremos como la ilumina siempre un fuego de inspiración divina.

Nacida de reyes, pasa su infancia y su juventud relegada en obscuro retiro, huérfana ya de padre, y perseguida su madre por numerosos enemigos políticos.

Olivada por su hermano el rey, acaso pensaba solo en consagrarse a Dios, pidiéndole misericordia para su patria. Cuando las más enconadas luchas dividían a España, y todo eran venganzas fratricidas, de súbito acuden a ella enemigos, pueblo, y magnates rivales, ofreciéndola la corona. Y aunque eran tantos los que se la ofrecían, en el acto los rechazó indignada, diciéndoles que acatasen la soberanía de su hermano. Y no satisfecha con esto, acude en socorro del rey, para ayudarle a sostenerse contra sus enemigos. Así, quedaron todos confundidos; y hasta el mismo rey, que jamás demostró interés ni cariño por su hermana, se asombró ante los rasgos de talento, de valor y de virtud de tan ejemplar mujer, que en lo mejor de su vida, desprecia los halagos de la riqueza, del poder y del trono.

Desde entonces todos los sucesos envuelven ya a la Princesa en esplendente aureola, que la conducen ala misión que el Cielo la confiara.

Prendado de su talento y de su virtud, el mismo Rey la reconoce como única capaz de sucederle en el trono en las circunstancias tan difíciles que le rodeaban. Entonces, príncipes y magnates ambiciosos se disputan la mano de la Princesa. La Providencia vela sobre ella; y unos se alejan derrotados por su desprecio; a otros, precisamente los más obstinados y temibles, la muerte sorprendióles, castiga así sus pretensiones. Se casa al fin cumpliendo los anhelos de su corazón; y al mismo tiempo reuniendo aquel Príncipe las razones de Estado que la política exigía.

(Continuará en el próximo Suplemento)

Suscribase a LA VOZ DE LA MUJER que es un periódico culto y defensor de los intereses de la misma.